

Biografía psicológica de don Diego de Almagro

por *Alejandro Soto Cárdenas.*

Es en los finales del siglo XV, cuando se produce dentro de nuestra cultura occidental, la eclosión de una multitud de fuerzas vitales, que en el tiempo se habrían ido gestando y acumulando, y que al terminar la 15ª centuria y al comenzar la siguiente, se desatan e imprimen su sello propio a todas las manifestaciones de nuestra cultura.

No sólo aumenta el campo de lo que ya se conocía, sino que también se aleja más el horizonte infranqueable de lo que se podía percibir. Otro continente presentaba al hombre los signos de nuevos problemas y preocupaciones, y un distinto ambiente iba a agregar una serie más de factores que influirían en el psiquismo de aquéllos que se atrevieran a romper el silencio de sus bosques, o el curso de sus torrentes.

El conquistador español que hasta estas tierras llegaba, traía ya los caracteres de la época y los sucesos habrían impreso en su ser. América al ser

escenario de este nuevo drama, haría nacer en estos audaces, nuevas modalidades en su conducta. muchas veces contradictorias entre sí. Estas antinomias, muy comunes entre los mortales, se acentuaron aún más en el territorio americano, centro alejado de todo ambiente cultural elevado, en donde el hombre tuvo que sostener una lucha titánica para poder subsistir y seguir adelante con la empresa, en medio de una naturaleza física y humana, desconocida y muchas veces hostil.

Como todo conquistador de aquella época, don Diego de Almagro reunió en sí los caracteres psicológicos más dispares, a pesar de que en su vida podemos notar algunos que son bien diferenciados. Por eso no pretendo realizar una caracterización psicológica total de Almagro, lo cual me sería imposible, pues en unas cuantas páginas, aún en muchas, no se puede encerrar y describir en todos sus detalles, los matices más variados que toma el alma humana ante las diversas circunstancias de la vida.

I

Hay una serie de cualidades en este personaje, que han sido alabadas por los cronistas primitivos, como también por los historiadores posteriores.

Es su lealtad, lo primero que resalta cuando se revisa la vida de este Adelantado, primero para con sus familiares y después para con sus superiores, ya sean éstos el Rey o los jefes bajo cuyas banderas actuó. Hubo hechos en la vida de nuestro descubridor que quizás hubieran podido ejercer una influencia contraria a esta bella cualidad. Muy bien sabemos el origen bastardo y oscuro de Almagro, que había nacido de la unión legítima entre Elvira Gutiérrez y Joan de Montenegro en 1479, circunstancia de mucha importancia social en esa época. Pues bien ¿no habría sido explicable que se avergonzara de sus parientes? De sus padres sólo recibió la existencia y nada más. Sin embargo, cuando años más tarde envió a Juan de Espinosa, su criado, a España a gestionar el matrimonio de su hijo, le encargó que al mismo tiempo se preocupara de averiguar si todavía vivía doña Elvira Gutiérrez y qué suerte habrían corrido sus demás parientes; pues su padre, había muerto, hacía ya mucho tiempo, cuando él era muy pequeño.

Las continuas rivalidades entre Pizarro y Almagro hablan también con rara elocuencia acerca de su lealtad, pues aunque la doblez fué la norma de conducta del conquistador del Perú, siempre nuestro descubridor supo actuar, cuando ello fué necesario, obediciendo lo que Pizarro le mandaba. Cuando éste se fué a España, y se adjudicó para sí todos los honores de la conquista y los correspondientes títulos y recompensas, Almagro se indignó y aun quiso separarse de la compañía, pero se venció a sí mismo y la falta grave de Pizarro jamás le fué motivo para que actuara en contra de los dictados de la honradez y la lealtad.

A esta lealtad casi caballeresca, se unía otra cualidad no menos digna de encomio que la anterior y mucho más alabada que aquella por sus contemporáneos: era su generosidad. Su liberalidad hizo exclamar a Oviedo que Almagro ambicionaba la riqueza no para sí, sino con el propósito de darla, y éste es uno de los rasgos de su alma que más ayuda le prestó en la organización de la empresa que realizó. ¿No es acaso, muestra de generosidad el haber hecho fundir 120 cargas de plata y 20 de oro, para equipar a los soldados que no tenían recursos suficientes para costearse la expedición, sin la obligación de pagar con los provechos de la conquista los anticipos que recibían? Sólo los que querían contraían esta obligación. No es esta una

muestra aislada por la cual se recuerda la generosidad de Almagro, sino que hay otro hecho entre los muchos que existen, que nos habla muy en alto del desprendimiento de este descubridor. Bien sabemos el fracaso de la expedición a Chile que él comandó. Para salvarse de la ruina económica, quizás no le quedaba otro camino que hacerse pagar las deudas por aquellos que habían contraído algún compromiso con él, utilizando para ello cualquier medio que estuviera a su alcance. Sin embargo, no obró así y al ver a sus compañeros en idéntica o peor situación, al comprobar que habían sido defraudados en sus esperanzas de encontrar un reino rico en oro, antes de regresar al Perú, rompió dichos documentos y relegó al olvido esos derechos legítimos que podía reclamar de muchos de sus subordinados. Por eso Oviedo escribe: "Porque los reyes pueden é saben dar, quando les place, cibdades, " y estados é señorios é otras cosas grandes; pero un hombre que le vimos " ayer pobre é quanto tenía era muy poco, bastarle el ánimo a lo que tengo " dicho, téngolo en tanto, que no sé cosa semejante en nuestros tiempos " ni otros que se le iguale".

A la par de su lealtad y generosidad, observamos su carácter de soldado, lo cual resalta aún con mayor brillo cuando uno tiene a la vista su participación en la conquista del Perú, y cuando se observa la voluntad y constancia con que supo vencer todas las dificultades que se oponían a su proyecto de encontrar un reino cuajado de oro. Se destaca aún más su calidad de soldado, cuando se considera la edad y estado físico de este animoso descubridor, en el momento del emprender su expedición, instante en el cual ya estaba en los 56 años, y en el que su cuerpo estaba agotado por una vida ilena de sacrificios y atormentado por los dolores de una enfermedad venérea, fruto de una vida descuidada y disipada que llevó durante su juventud.

Almagro también era arrebatado e impetuoso, lo cual le trajo más perjuicios que beneficios. Cuando la expedición que iría a la conquista del Perú partió desde Panamá, se convino en que Almagro vendría por mar. En su ruta encontró un lugar apropiado para desembarcar, creyendo encontrar buena hospitalidad por parte de los indígenas. En "Pueblo Quemado" al Norte, del río San Juan, que fué el lugar designado, en vez de encontrar regia acogida los indígenas le recibieron con flechazos, a lo cual respondió con todo el ímpetu de su coraje. La refriega fué dura y con ello perdió un ojo, y sólo pudo salvar su vida, gracias a su serenidad y al socorro que le dispensó un negro esclavo suyo.

En resumen podemos decir que Almagro, por el fondo de su honradez, generosidad, franqueza, carácter confiado, e inteligencia natural, a pesar de no saber leer ni escribir difería de cualquier conquistador contemporáneo suyo.

Pero no nos engañemos a la vista de este tesoro espiritual tan preciado que poseía Almagro, creyendo que éste haya sido una estela luminosa o un venerable dechado de buenos ejemplos y virtudes. Como todo hombre, Almagro poseyó tanto virtudes como defectos, aunque aquéllas hayan brillado más que sus debilidades. Así en medio de las laudables cualidades de espíritu que hemos enumerado, encontramos en este leal vasallo, dos grandes defectos que aunque son justificables en la época en que vivió, sin embargo ensombrecen algo su gigantesca figura. Estas manchas son: la violencia de su carácter y su crueldad codiciosa.

Pero si lo hemos de juzgar bajo el aspecto de sus flaquezas debemos admitir lo que dice Vicuña Mackenna al respecto cuando afirma, "la violencia de su carácter sirvióle más en la vida para dañarse a sí propio que a sus mismos émulo, pues esta exaltación de ánimo siempre terminaba en

un sometimiento humilde a su contrario o en una credulidad infantil", que hacía adquirir predominio a su enemigo en su persona. Con respecto al otro defecto debemos observar que fué común a todos los conquistadores de su época en quienes se encendió los instintos de la fiera humana, en medio de la barbarie y de las dificultades, lamentable descontrol que hizo despararrar mucha sangre en el suelo americano, a pesar de las enérgicas disposiciones de las Leyes de Indias.

También este hombre rudo, endurecido en la lucha tenía en el fondo de su espíritu la llama de la religiosidad. Como todos los conquistadores, se gloriaba de servir además de su Rey, a su Dios, según se puede observar cuando se lee a los cronistas, aunque en última instancia no le sirviera como móviles otros motivos que su situación personal futura. Sea como fuere se puede afirmar que los actos más importantes de su vida los comenzó siempre bajo alguna práctica religiosa. Cuando partió de Panamá junto con Pizarro y Luque comulgó la ya tan famosa hostia tripartita. Cuando el conquistador del Perú convino con Almagro que éste realizaría la expedición a Chile, cuenta el cronista que escribió "La conquista y Población del Perú" que "partieron la hostia prometiendo a Nuestro Señor Dios de no ser jamás el uno contra el otro" prometiendo así una mutua amistad. En conceptos parecidos se expresa Oviedo con respecto a este hecho.

Pero hay un dualismo en la conducta religiosa de nuestro descubridor, un contraste bien marcado entre la piedad y el pecado que quizás se haya debido en gran parte a su juventud errabunda, a su falta de cultura y al ambiente propicio a tales divergencias entre las creencias y la conducta. Aún en Europa, en la centuria anterior se habían presentado tales alternativas en personajes como Luis de Orleans y Felipe "El Bueno". Tanto más en América en donde no existían los controles que el hombre mismo y el ambiente podían proporcionar. Por eso encontramos en Almagro esta mezcla del misticismo y de espíritu mundano. Y para confirmar esto basta recordar los hijos bastardos que tuvo: don Diego de Almagro: el Mozo, de una indígena natural de Panamá, llamada Ana Martínez que era su criada, e Isabel de Almagro de una india llamada Mencía.

II

En la vida de Almagro encontramos un enmarañado tejido de hechos funestos para su persona en el que tuvo mucha parte el conquistador del Perú don Francisco Pizarro. Ambos se conocieron en Panamá a donde Almagro había llegado en una expedición de Pedro Arias Dávila, huyendo del castigo que merecía por un crimen que había cometido. Ambos trabaron una amistad profunda y sincera y fué ella tan notable que era admirada por todos los españoles. Oviedo nos da testimonio de ello cuando dice: "Ovo en estas Indias dos amigos e compañeros en las haciendas tan hermanos e conformes que un tiempo fueron una voluntad e un querer, é paracían un mesmo hombre en dos cuerpos". Y al pintar la admiración que tal amistad causaba, Oviedo se expresa de la siguiente manera: "En aquel tiempo hico compañía con otro compañero llamado Diego de Almagro é fueron ambos un espejo y exemplo de buenos e conformes amigos, sobre todos cuantos en estas partes hasta hoy se sabe que hayan tenido compañía".

Todas las cualidades ya enumeradas de Almagro, hicieron de él un tipo característico que formó una gran unidad psicológica al conocer y asociarse con Pizarro. Al hacer un paralelo entre ambos conquistadores, nada más práctico que remitirse a Oviedo quien en pocas pinceladas colorear cada una de estas personalidades: "Almagro era hábil, liberal, expedito en lo que

avía de hacer, e hombre del campo Pizarro lento é espacioso, é al parecer, de buena intención, pero de corta conversación é valiente hombre por su persona; e ambos muy conformes é unánimes, sin saber ni el uno ni el otro leer ni escribir, ni tener entre sí cosa conocida ni mas apropiada el uno que al otro en sus haciendas”.

En esta unidad psicológica el espíritu diplomático y de cálculo de Pizarro, calzó muy bien con el desprendimiento, generosidad y acción de Almagro. Pero entre ambos existieron también grandes diferencias. Pizarro a pesar de su origen, “tenía un nombre, una familia y un sostén”, mientras que Almagro no tenía ni apellido, pues éste lo había tomado del nombre de su aldea. En fin el primero tenía un rango y una superioridad de prestigio de lo cual carecía Almagro pues era un soldado oscuro.

Pero la amistad no duró mucho y ella desapareció cuando se dieron cuenta que se estorbaban mutuamente al querer saciar esa sed de oro que tanto les intranquilizaba.

En las expediciones de reconocimiento (1525-1527) y en la conquista del Perú, Almagro fué un elemento utilísimo a Pizarro, pues los españoles tuvieron que actuar no solo en un lugar malsano, de tierras escabrosas, plagadas de fieras e insectos dañinos como eran aquellas tierras tropicales, sino que también tuvieron que luchar contra la resistencia de los indios que defendían su territorio. En tales condiciones, el hambre, la desnudez y las enfermedades eran las consecuencias naturales. Como los hombres disminuían y se necesitaban medicamentos era necesario que alguien los fuera buscar a Panamá que había sido el punto de partida, y en tales condiciones ninguno de los dos conquistadores querían ir, en primer lugar por la molestia del viaje, y por no querer estar ausente de semejante drama. Sin embargo Almagro supo ceder y fué.

Los peligros y contrariedades de semejante empresa, organizada por la compañía de los “locos”, desanimaron a los españoles y ni el mismo Pizarro pudo desentenderse de ese abatimiento general. Y así a pesar de su gesto heroico en la Isla del Gallo, varias veces pensó en volver a Panamá, siendo resueltamente contrariado por Almagro cuando volvió, pues se decidía por el partido que requería más audacia.

Cuesta hoy día comprender en todo su alcance una disputa así entablada, más todavía si se tiene en cuenta que esto llegó al insulto. Pizarro recurriendo a la dialéctica que le dictaba su envidia llegó a afirmar que como su amigo había estado casi todo el tiempo en Panamá desestimaba los sacrificios que sólo él y sus compañeros habían padecido. Herido en su orgullo Almagro da oportunidad para que vaya a Panamá comprometiéndose el mismo en terminar lo que ya había comenzado. Esta proposición lanzada con toda sinceridad sólo logró exasperar a Pizarro en tal forma que, gracias a la intervención oportuna de sus compañeros, pudo evitarse que dicho conflicto fuera regado con sangre peninsular.

Como se ve, ya las amistades entre ambos conquistadores estaban casi rotas y esta escisión se produjo en forma completa cuando Pizarro regresó a España, en cuya corte sólo se acordó de tratar de conseguir los premios y recompensas que había prometido a Almagro y demás compañeros. No daré los detalles de esta capitulación firmada en 1529, por no ser este el lugar mas apropiado. Solo diré que la oportuna mediación de Luque pudo solucionar el quebrantamiento de la compañía que el mal procedimiento de Pizarro y su deslealtad, pudo ocasionar. Como la esperanza es lo último en perderse, Almagro esperaba que la generosidad de Pizarro todavía podía manifestarse para con él, a quien tantos favores debía.

Estaba muy claro que Pizarro no quería compartir con nuestro descu-

brido las glorias de la empresa aunque no me atrevo a asegurar que dentro de sus cálculos estuviera, el aprovechar a sus mismos hermanos en la ejecución de estos detestables proyectos. Sin embargo puede decir que la llegada de sus más cercanos parientes fué una circunstancia favorable para postergar a Diego de Almagro. Como sucede en todas las luchas humanas los jefes necesitan de un pequeño grupo incondicional que siempre los apoye y en este caso los hermanos de Pizarro jugaron ese papel a las mil maravillas. Esta disgustó a Almagro especialmente cuando conoció a fondo a Hernando Pizarro que por su carácter altivo y arrogante nunca pudo congeniar con el descubridor de Chile a tal punto que fué su mortal enemigo hasta el fin de sus días. De ellos Almagro recibió sólo el desconocimiento, la crítica mal intencionada y el desprecio en pago de todos sus esfuerzos. He ahí la causa del encono, desconfianza y perfidia con que siempre se trataron Pizarristas y Almagristas.

Quizás queda una última participación importante de Almagro en Perú que nos pueda proporcionar algún dato interesante acerca de su psicología. Cuando se produjo el reparto del tesoro de Atahualpa los pizarristas negaron el derecho de participar de dicha fortuna a los compañeros de Almagro por haber estado ausentes en el momento en que se produjo el arresto del Inca. Pero al fin se llegó a un acuerdo estipulándose que el oro recibido se considerase como "rescate del Inca" y que pasara a manos de la división que lo hizo cautivo, tocándole a la división de Almagro una pequeña parte por vía de socorro. Lo que seguiría llegando no se consideraría como rescate e iría a formar parte del fondo común. Y como para que esto pudiera ser realizado era necesario que muriera Atahualpa, los compañeros de Almagro, y según parece el mismo también, no trepidaron en proponer la muerte de Atahualpa como solución del conflicto.

III

En el momento en que Almagro se propuso a realizar la expedición hacia nuestro país este Adelantado contaba con una fortuna considerable la cual le habría permitido una vida faustosa en España. O la mejora de su Gobernación de Nueva Toledo. Pero una fuerza interior le exaltaba el ánimo para una empresa grandiosa y heroica con la cual hace inmortal su nombre. Los factores inmediatos que lo empujaron hacia Chile fueron cuatro:

En primer lugar tenemos las desavenencias suscitadas entre los dos conquistadores formadas por los hermanos y allegados de Pizarro y que habían llegado a su cúspide, con la deslealtad con que procedió el conquistador del Perú en las diligencias que hizo en España. Que casi se rompió la Compañía no cabe duda si uno lee con atención las palabras de Oviedo cuando dice: "Porque no queria mas su Cia. "é que si debdas e cambios traia, que los pagasse de su hacienda é lo buscasse, que no queria que con sus bienes hiciese mas sus fechos como hasta allí lo avia fecho".

Pero no hizo lo que pensaba y se dominó tal como lo hizo cuando realizó tres expediciones en un plazo de dos años, por N. Granada y Ecuador; como aquella vez en que obedeció y fué sumisamente a Panamá a buscar hombres y víveres, como aquella otra vez en que cedió su puesto para ir a España Pizarro a buscar la ayuda que le negaba el gobernador de Panamá.

Según el cronista de "la conquista y población del Perú" Almagro tenía más partidarios en esta contienda que el mismo Pizarro a tal punto que de Almagro y sus partidarios se puede decir que paseaban por la ciudad. Era

necesario en tales circunstancias restablecer la paz en estos ánimos tan caldeados y para ello nada más indicado que alejarse por un tiempo de esta atmósfera que se hacía ya irrespirable.

El segundo factor que influyó en Almagro para que se alejara del centro del Imperio Incaico fué el resultado de un cálculo frío de Pizarro. En 1535 el monarca español había dividido el territorio conquistado en dos grandes porciones: Nueva Castilla y Nueva Toledo, territorios que serían completamente independientes, con gobernantes solamente responsables ante la corona española. Pizarro gobernaría solamente en Nueva Castilla y Almagro en Nueva Toledo. Ambas gobernaciones abarcaban 270 leguas una a continuación de la otra empezando a contarse desde el río San Juan, límite entre Nueva Granada y Ecuador.

El conflicto de esta división surgió cuando empezó a discutirse a quién de los dos pertenecía el Cuzco que sobresalía por su esplendor y riqueza. Aquí chocaron las ambiciones que ya no podían satisfacerse con las riquezas que poseían. Provisoriamente pudo salvarse la dificultad acordándose que se esperaba el fallo real y que mientras tanto Almagro abandonara provisoriamente el lugar para hacer una expedición a su territorio, llegando hasta Chile.

Pizarro hacía bien el cálculo, pues si su compañero triunfaba en su empresa, nada le costaría convencerlo que radicara su gobernación desde unas 130 leguas al sur del Cuzco lo que le dejaría libre de un estorbo tan molesto. Si Almagro fracasaba, Pizarro pensaba que a su regreso podría ya estar constituido en dueño y amo del Cuzco.

Los indígenas del Perú a su vez también influyeron en los propósitos de quien iba a ser el descubridor de Chile. Según cuenta Alonso de Góngora y Marmolejo le hicieron creer que en Chile había muchas riquezas auríferas lo que no les dejaba de interesar a los peninsulares. Con este engaño pensaban debilitar las fuerzas españolas y asegurar el éxito de una rebelión que ya preparaban. Como Almagro quería poder y oro para hacer ricos a sus amigos y quería también encontrar grandeza y fortuna para un heredero se dejó seducir por el canto de las sirenas a quienes buscó con vano esfuerzo a toda su expedición.

Por último se hallaba en ese tiempo una gran cantidad de soldados que habían quedado sin ocupación después de la fracasada expedición de Pedro de Alvarado, quienes estaban ávidos de empresas esforzadas y de fortuna y que al instalarse en el Perú se habían abanderado bajo las órdenes de Diego de Almagro. Este se encontraba poco menos que comprometido y estaba impaciente por ayudarlos.

Al levantar bandera de enganche como quinientos españoles se aprestaron a la empresa los cuales se fueron incorporando a la expedición a medida que ella se alejaba del Cuzco. Eran hombres salidos de todas clases sociales, de buenos y malos antecedentes. Algunos pudieron costear los gastos por su propia cuenta pero la mayoría tuvo que recurrir a la ayuda que podía dispensarle Almagro. Como dato ilustrativo conviene recordar que Oviedo hace subir los gastos de la expedición a un medio millón de pesos castellanos suma que equivale a cinco millones de pesos de la antigua moneda chilena de 45 peniques. Sólo la fortuna de Almagro como su generosidad, hicieron posible la empresa proyectada.

Partió la expedición el 3 de Julio de 1535. Hasta la región de Paria (en las márgenes del Poopó) puede considerarse que la expedición fué relativamente fácil. Después de atravesar un despoblado de 50 leguas los expedicionarios llegaban a Tupiza (cerca de Potosí), en donde Almagro supo que había llegado al Perú el Obispo Fray Tomás de Berlanga quien traía orden

real de marcar los límites de las posiciones de Pizarro y Almagro. Era una ocasión que se le presentaba para reclamar justicia, mas él por querer quitar algo qué solo a él perteneciera, lo abandonaba. Tan adelante adelante llevó su tenacidad que aunque varios magnates indígenas le dijeron que sólo le esperaban desiertos y nada de oro. Sin embargo pensó que quienes así opinaban motivos tendrían para desanimarlo. Así creía aprovechar la experiencia que había adquirido en el contacto con los hombres.

Para nuestro intento está demás detallar cada uno de los pormenores de la expedición donde el coraje, la sagacidad y el misticismo hicieron competencia en las almas de estos esforzados españoles del siglo XVI. Distancias y accidentes del terreno que parecían invencibles, con noches de fríos mortíferos y días caniculares, vientos perennes y furiosos, indios belicosos, alturas sorprendentes, en fin todo lo que la naturaleza y los hombres pueden oponer a la ejecución de lo que conciben mentes y espíritus superiores.

La travesía de la Cordillera de los Andes, fué fatal para los peninsulares y para los yanaconas (indios de servicio) si consideramos que en una noche murieron como 70 hombres a una altura de 4.500 metros.

Tantas contrariedades se presentaron, que los exploradores terminaron por exasperarse y quizás sean éstas las causas determinantes de las crueldades cometidas de cuyos testimonios nos da prueba el mismo cronista de la expedición. Al leer las páginas de "la conquista y población del Perú", surgen varias interrogantes que uno no puede responder. ¿Mandó Almagro semejantes hechos delictuosos? ¿Los presenció con indiferencia sin haber tomado parte en ellos? ¿Estuvo Almagro obligado a consentirlos por necesidad de subsistir? o ¿comprendiendo el instante que vivían sus hombres les quiso dar semejante desahogo?

Sea como fuere, todos estos hechos empañan la página de servicios de nuestro Adelantado aunque crueldades parecidas se hayan perpetrado en otras partes de América. Al fin y al cabo él era el jefe de la expedición y en sus manos estaba el suprimir semejantes desmanes.

Sin embargo, Almagro realizó un acto de justicia que lo enaltece. Salvó la vida y repuso en su trono a un joven soberano que habían encomendado a la tutela de un pariente por su difunto padre.

La energía de carácter de Almagro, energía que llegó a la crueldad se hizo patente cuando hizo matar a 27 indígenas principales de Copiapó, como acto reparatorio de la muerte que habían encontrado tres españoles que se habían adelantado al resto de la expedición.

Si antes había sido engañado por los hombres, ahora era la naturaleza quien engañaba a Almagro. La época durante la cual exploró nuestro territorio fué en pleno invierno en el año 1536, que por desventura fué muy malo y lluvioso. Por más esfuerzos que hizo por encontrar el dorado metal no apareció por ninguna parte. De esta manera la realidad venía a confirmarle la advertencia que le había hecho Calvo Barrientos al entrar a nuestro territorio, español que encontró viviendo en medio de los indígenas en Copayapo (Copiapó).

Tampoco la expedición realizada por Gómez de Alvarado dió algún resultado positivo, pues sólo encontró pequeñas y pobres aldeas de 10 y 12 casas en medio de un clima lluvioso. Por otra parte no halló el oro que buscaba afanosamente lo que hizo decir a Oviedo que por buena diligencia que se puso la mejor batea no sacó de 12 gramos arriba".

IV

Demás está decir que tantos sacrificios no dieron otro resultado que el

fracaso, y que aquéllo que había sido concebido como un segundo Perú se les presentó en la realidad con una crudeza tal, que del excesivo entusiasmo pasaron de inmediato y por reacción espontánea al extremo opuesto.

A pesar de los consejos Almagro se resistía regresar al Perú y costó mucho convencerlo de ello. Sus amigos tuvieron que recurrir a razones sentimentales haciéndole ver la suerte que correría su hijo si él moría en Chile, sin la riqueza que otrora poseyera. En tales circunstancias sólo le dejaría como legado una deuda inmensa, un país pobre y las quejas de sus amigos, en lugar de un reino magnífico que cedía a sus enemigos. Su amor paternal no necesitó otra razón para decidirse, aunque también obrara en su ánimo la posible conquista del Cuzco, lo cual remediaría su propia situación personal.

El regreso se hizo por el desierto de Atacama, decisión que tomó una breve ceremonia religiosa, considerando al mismo tiempo el ahorro de tiempo que se significaba dicho trayecto. Se tomaron las precauciones que la experiencia aconsejaba, y se cometieron abusos inmensos como queriendo desquitarse de esa manera del engaño de que habían sido víctimas. Basta recordar que se dió permiso para ranchar y apoderarse de los indios que se necesitaran.

Llegado a Lima, pide inmediatamente una reunión del cuerpo municipal para que se procediera a hacer justicia. Al abrir este cuerpo las secciones para esa discusión, empezó en seguida a notarse cierta vacilación. La sutileza mental de los magistrados, tras la cual se ocultaban intereses personales, llegó a manifestar que no entendían como debía medirse las 270 leguas designadas a Francisco de Pizarro. Pedían mucha mesura y la deposición momentánea de las armas.

Es interesante observar la actitud de Almagro en estos instantes. La experiencia le decía que debía proceder con energía si quería hacerse respetar y ella misma le insinuaba que no estaba demás los consejos de su amigo Rodrigo Ordóñez, quien le decía que solamente quitándole la vida a Hernando y Gonzalo Pizarro, podría lograr lo que deseaba, pues estaban dispuestos (según lo habían declarado) a abandonar la ciudad sólo con la vida.

Por otra parte el Adelantado Almagro quería proceder con rectitud. A pesar de que había tomado el Cuzco por la fuerza, pues fueron los Pizarros los que rompieron la tregua acordada, sin embargo no quiso dejarse llevar por las pasiones, y es así como desoyó las malas insinuaciones de Rodrigo Ordóñez, y ni aun cuando había el peligro de que Francisco Pizarro enviara refuerzos a sus hermanos y de esa manera presionar más al Cabildo para que la decisión se inclinara a su favor, recurrió a lo que su conciencia tildaba de injusto y atrabiliario.

Cuando Almagro rechazó violentamente la insinuación de Ordóñez, éste exclamó: "pues así lo quiere así sea y a él le pesará". Fueron las palabras proféticas de un triste fin.

Pizarro lo engañó hasta el último momento y Almagro se dió cuenta de ello cuando ya era tarde. Con toda su malicia Pizarro citó a nuestro Adelantado a una entrevista que debía efectuarse en Mala, con la intención de apresarle sorpresivamente en dicho lugar. Con una gran ingenuidad Almagro concurrió a la cita, y como fué avisado a tiempo de lo que se proyectaba en su contra, pudo escapar.

Desde ese momento ambos comprendieron que el único remedio era la guerra y ella se desencadenó, encontrando su fin el más fiel y leal amigo de Pizarro. Salinas fué el lugar donde dieron muestra de amistad los compañeros de Almagro hacia su jefe.

Engañado por los hombres, Almagro solo alcanzó la gloria de ser el pri-

mero en haber llegado a nuestro territorio todavía virgen por el lado Norte, 16 años después de la gran empresa de Magallanes. Todas las esperanzas que trajo de encontrarse con el reino de Mammón, se le convirtieron en la más ruda realidad y para colmo de sus males, su fin fué trágico e ingrato sin haber recibido otro premio que el afecto de sus amigos, y la burla y la muerte de parte de sus enemigos.

A. S. C.
(Hist. y Geogr. IV Año).

B I B L I O G R A F I A.

CRISTOBAL DE MOLINA.—“Conquista y población del Perú” publicado por José Toribio Medina, en “Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile”. Tomo VII.

ALFONSO DE GONGORA MARMOLEJO.—“Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575”, Madrid 1850.

GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES.—“Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano”. Tomo IV. Libro XLVLL, Madrid; Imprenta de la Real Academia de la Historia 1855.

MANUEL DE MENDIBURU.—“Diccionario Histórico y Biográfico del Perú” parte Primera, tomo I Lima. Imprenta de J. Fco. Solís; 1874.

DIEGO BARROS ARANA.—“Historia General de Chile”, Stgo. 1884.

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI.—“Descubrimiento y Conquista de Chile”, Stgo. 1885.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.—“Diego de Almagro”, Stgo. 1889.

JOSE TORIBIO MEDINA.—“Diccionario biográfico colonial de Chile”, Santiago 1906.

TOMAS THAYER OJEDA.—“Los conquistadores de Chile” Stgo. 1908.

FCO. ANTONIO ENCINA.—“Historia de Chile”, Stgo. 1940.

